

**OSCAR CALAVIA SÁEZ**

Esse obscuro objeto da pesquisa. Um manual de método, técnicas e teses em Antropologia

AÑO: 2012

ISBN: 978-85-916152-0-9

PÁGINAS: 319

EDIÇÃO DO AUTOR: Ilha de Santa Catarina

Accesible en línea:

<http://www.antropologia.com.br/divu/colab/d53-osaez.pdf>

FERNANDO GIOBELLINA BRUMANA / UNIVERSIDAD DE CÁDIZ

Reseña

El nuevo trabajo de Calavia Sáez aporta, como mínimo, dos originalidades.

La más obvia es su carácter digital, con la alta disponibilidad del universo *on-line* correspondiente. Su existencia en el mundo, por lo tanto, no se ha pagado con un montón de árboles engullidos por la «*realidad maloliente de las fábricas de celulosa; es una construcción ecológica*» y una posibilidad que deberíamos pensar para nuestros propios trabajos.

La segunda es que, al ser una etnografía de su etnografía, basada en el trabajo de campo propio y en la docencia, su interés y utilidad van más allá de quienes todavía no han hecho su propia investigación y nos alcanza a nosotros, veteranos. Como la guía de viaje que quiere ser, no solo tiene validez para quien aún no ha emprendido su viaje, sino también para quien ya visitó y volvió a visitar la región, para así comparar impresiones y revivir experiencias. Sin embargo, para los novatos este trabajo opera como un texto de autoayuda muy apropiado en ese momento de aflicción, la redacción de la tesis de doctorado, cuyas distintas etapas de producción se exponen y analizan de una manera muy concreta, muy práctica, lejos de cualquier pretensión de teorizar sobre metodologías o de imponer cánones.

Pero, ante todo, ¿cuál es el marco en el que toda nueva producción, una tesis, en este caso, va a inscribirse? Una ciencia, pero no una cien-

cia cualquiera, una «disciplina indisciplinada» (palabras de Geertz), que, como la nostalgia, ya no es lo que era. Una disciplina cuya propia fundamentación se debilita más y más por el fortalecimiento de aquello que se proponía salvar del olvido, del desconocimiento, del desdén:

Afinal, por que a antropologia, uma ciência dedicada ao Outro, a decifrar o Outro, seria necessária quando o Outro (em forma de minorias étnicas ou de outro tipo) não está mais nem distante nem mudo, quando o Outro sabe já falar as línguas do Ocidente e da Academia, e de fato reivindica falá-las por si mesmo, sem a colaboração de intermediários? (p.16).

Ciencia, por lo tanto, en la que la paradoja es norma y en la que la norma se lleva con la parsimonia y la indiferencia de la vida académica. La institucionalización de la antropología, la única forma que hace posible su supervivencia, hace marchitar sus pretensiones críticas: «*a indisciplina antropológica consegue unir a heterogeneidade da ciência econômica à paz da ciência contábil*» (p. 17).

Heterogeneidad múltiple: temas, regiones, tradiciones, abordajes teóricos... Teoría, ¿qué podemos entender por tal? La pregunta no tiene respuesta fácil, pero Calavia encuentra un espacio plausible en el que la cuestión puede ser pensada: el discurso. Teoría es un cierto orden en el discurso, una organización coherente y sistemática. Discurso sobre un objeto, claro está, pero un objeto que va a ser recortado desde ese orden, desde esa teoría. ¿Circularidad? Tal vez, pero ese no es el único problema.

Ese orden que es la teoría, afirma Calavia, debe ser «*susceptível de ser explicitada*». O sea, al igual que con la sintaxis que organiza una lengua, habría no solo la posibilidad, sino también la necesidad, de producir un metadiscurso, un Tratado de Gramática que codificase esa lógica. ¿Y si no fuese así? ¿Y si la antipatía *maussiana* a las teorías (y mucho más a la Teoría) no fuera un ejemplo adicional de su excentricidad, sino la intuición profunda de lo que nuestra disciplina puede y debe hacer, y de lo que no debe intentar? En las magníficas investigaciones de Calavia, su trabajo sobre el cementerio de Barão Geraldo, su tesis sobre los *yaminawa*, ¿dónde está esa explicitación? Y en el libro de Evans-Pritchard sobre los *nuer*, ¿cuál sería ese metatexto cuya necesidad de poner negro sobre blanco el antropólogo inglés no experimentó, cuál esa obviedad aparente¹ en la opinión de los alumnos de Calavia? Sería bueno que el autor, aprove-

1. «*Com alguma frequência, tenho notado que os estudantes não reagem aos seus textos, porque a falta de manchetes que perturbem uma descrição transparente suscita uma certa impressão de obviedade que só se desmente quando se toma o argumento no seu conjunto e se compara a outros*» (p. 71).

chando la plasticidad del texto *on-line*, fuese más explícito en ese sentido, ya que «explicitación» es la clave de la cuestión.

De cualquier manera, sin duda, hay abordajes diferenciales de cualquier «objeto» de investigación, hay lógicas discursivas (¿teorías?) diferentes que no se distribuyen al azar, que giran en torno de ejes, de estilos interpretativos. Y Calavia clasifica esos ejes con metáforas de todo tipo: fabriles, sociales, y, una propuesta irónica, culinarias. ¿Cuáles son estas posibilidades gastronómicas? Veamos algunas: la cocina de extractos, de esencias: una reducción de toda realidad social a una categorización despojada y simple (el ejemplo es el modelo «grilla/grupo» de Douglas); la cocina internacional, tan ecléctica como artificiosa, con capacidad de producir resultados uniformes y poco sabrosos; la cocina étnica, el polo opuesto a la anterior, menospreciada por el *establishment* académico, con una opción tal por la peculiaridad que la lleva a ser ajena a un lenguaje epistémico común (¿cómo no pensar en los estudios afrobrasileros?). Y más...

Pero ante todo la antropología es Etnografía (con mayúscula, su braya Calavia), pero no «solo» etnografía: «*Tudo o que há de mais essencial na antropologia está no momento da pesquisa etnográfica, e não espera a se manifestar até o momento em que o antropólogo se esconda a analisar suas notas e seus diários*» (p. 43). Cómo se hace etnografía es pues una de las preocupaciones centrales de este manual; hay cuestiones prácticas, digamos, lo que llamamos «técnicas», con dos instrumentos esenciales. Uno es el diario de campo, o los diversos cuadernos que el investigador emplee para dar cuenta a sí mismo de lo que hace «en campo», de lo que ve, de lo que conversa con sus interlocutores, de lo que piensa y siente, de tantas otras cosas. Otro, la entrevista, la captura del habla del otro, de su textura idiomática e idiosincrásica, de aquello cuya transmisión a sus pares sociales, nosotros, va a ser la justificación última del antropólogo.

Hay que saber que estas dos tareas, constituyentes de la práctica etnográfica, del núcleo de la antropología, otorgan a la disciplina su particularidad esencial que la diferencia de las otras ciencias sociales, de cualquier otra ciencia, en la medida en que está construida por experiencias únicas e intransferibles: lejos de los laboratorios en los que un experimento siempre va a dar el mismo resultado cualquiera sea el científico a cargo, cercana a las artes, a la artesanía, donde cada mano tiene su efecto propio.

Más allá de las consideraciones sobre los instrumentos de investigación, el libro de Calavia registra reflexiones sobre la relación entre investigador y nativo, que quizás solo sean comprensibles al completo por quienes ya vivieron esa situación (y, además, pensaron en ella). Una de

las cuestiones planteadas, tal vez central desde un punto de vista ético, es el desequilibrio entre el panorama macro y micro, entre, por un lado, la situación de poder de aquello de lo que, aun contra su voluntad, el investigador forma parte (el Sistema o el sinónimo que queramos), y aquello de lo que el nativo —indio, agente de una religión popular, gitano...— forma parte (digamos la «subalteridad», y aquí las minúsculas son obligadas), razón de su estudio, y, por el otro, el poder que el nativo, que en campo es el «dueño del chiringuito», mantiene sobre el investigador (convertido casi en un niño). Ese juego paradójico, la atmósfera en la cual el trabajo de campo se lleva a cabo, impone una gran responsabilidad al investigador: «*La comunicación fallaría si fuese interrumpida por la diferencia, pero también si se neutralizase la diferencia*» (p. 154).

Y más, mucho más: una de las características de este manual es su densidad, la capacidad de su autor de introducir interrogantes uno tras otro, uno profundizando el otro, un vértigo barroco que cada uno de los lectores de esta minúscula reseña precisa abordar por sí mismo, lo que puede hacer en este mismo instante en su ordenador. Vale la pena.